

Entrevista a César Tcach

Por Andrea Matallana y Damián Dolcera.

César Tcach estudió Historia en la Universidad Autónoma de Madrid (España) y se doctoró en la misma disciplina en la Universidad Nacional de Córdoba (UNC). Es investigador del CONICET y fue vicepresidente de la Sociedad Argentina de Análisis Político durante dos períodos. Autor de numerosos artículos y libros publicados en el país y en el exterior, entre los que destacan *Clandestinidad y exilio. Reorganización del sindicato socialista* (1986), *Sabattinismo y peronismo* (1991), *Amadeo Sabattini. Entre la nación y la isla* (1999), *Arturo Illia: un sueño breve* (2006). Fue coordinador o cocordinador, entre otros, de *La política en consignas* (2003), *La invención del peronismo en el interior del país* (2003), *Argentina 1976-2006* (2006) y *Córdoba bicentenario. Claves de su historia contemporánea* (2010).



¿Cómo fue que te decidiste por estudiar historia?

Yo hice mi carrera universitaria en España, en la Universidad Autónoma de Madrid. En realidad ingresé a la carrera de Historia en el año 1978. Mi inquietud inicial era tratar de comprender qué había pasado en la Argentina en los últimos años con la dictadura, pero pronto me di cuenta que en realidad era un tema que tenía un componente emocional, entonces decidí postergar el estudio de ese tema y bueno, en la Universidad Autónoma de Madrid, en el último año de la carrera teníamos una materia que se llamaba “movimientos sociales” cuyo titular era Manuel Pérez Ledesma. Justamente en ese año '82 u '83, habían llegado a España, a la Fundación Pablo

Registro de la Propiedad Intelectual. Todos los artículos han sido publicados con autorización del autor.

Iglesias, todas las actas de la Comisión Ejecutiva del Partido Socialista Obrero español de los años del exilio, primero en Toulouse y luego en México y también de la Unión General de Trabajadores, actas que estaban en posesión de la Fundación Largo Caballero. Entonces Manolo Pérez Ledesma, en lugar de tener un curso normal, nos propone dedicar el año académico a la realización de sus tesis de Licenciatura en base a este material inédito que acababa de llegar y estaba en manos de esas dos fundaciones. Fue a partir de allí que un grupo de ese curso nos repartimos temporalmente los materiales y de ahí surgió mi primer libro publicado por la Fundación Pablo Iglesias, que es “Clandestinidad y exilio: la reorganización del sindicato socialista”. Es un libro que va de 1939 a 1952, la primera parte, es de mi autoría exclusiva, que va de la posguerra civil española a la posguerra mundial y la segunda parte fue la tesis de licenciatura de Carmen Reyes. Bueno esa fue mi primera experiencia relacionada con la investigación.

¿Por qué para explicar la situación a la que llegó la Argentina decidiste estudiar historia y no otras disciplinas de las ciencias sociales o humanas?

Porque cuando sucedió el Golpe del '76 yo estaba en tercer año de psicología en la Universidad Nacional de Córdoba, de modo que ya había hecho esa experiencia y tuve, por ejemplo, a dos profesores muy importantes de la disciplina como Néstor Braunstein y Marcelo Pasternak, ambos exiliados en México en 1975 durante el gobierno de Isabel Perón, y en España la carrera de psicología estaba dominada por modelos muy impregnados de conductismo y de una mirada biológica y los programas no recogían nada de lo que yo había estudiado en Córdoba. Freud, Lacan, no existían, y bueno, la historia creía que me iba a dar las herramientas para comprender lo que nos había pasado.

¿Vos te exiliaste, te fuiste por motivos políticos o familiares?

Yo empecé a militar a los catorce años de edad, así que cuando me exilié ya tenía un recorrido y un compromiso.

¿Elegiste Madrid porque tenías un contacto allá?

No. Yo soy de condición judía, no soy religioso, soy ateo, pero la forma más rápida y segura de salir del país era irme a Israel. Antes había estado dos meses en Buenos Aires deambulando en

distintas casas u hoteles, de modo que, me trasladaron, lo digo metafóricamente, “desde el obelisco al medio del desierto” y yo viví ahí en Kibutzim en granjas colectivas durante 10 meses. Primero en Mishmar Ha Neguev (que en hebreo significa Guardián del Neguev) y luego en otro, mucho más pequeño y más izquierdista, Guivat Oz (Colina del Coraje o de la Fuerza, en castellano), fundado por sobrevivientes del holocausto. Pero yo quería estudiar, y estudiar en hebreo era complicado, yo manejaba un hebreo muy básico que me enseñaban en el kibutz, era muy básico lo que sabía. Yo quería rápido estudiar una carrera y estudiarla en castellano, y de allí que me fui a Madrid.

¿No tuviste que hacer el servicio militar allá en Israel?

No, porque no fui en condición de ciudadano, tenía una visa de turista.

Y estuviste 10 meses viviendo en Kibutzim, ¿cómo fue esa experiencia?

Bueno, yo tenía una formación ideológica que me hacía desconfiar mucho de Israel, de modo que mi actitud era siempre de mucha distancia, pero pese a ello, cuando pasan los años, uno valoriza la experiencia. De todas maneras valoraba la vida del kibutz, por ejemplo mi hermana, que se exilió conmigo, me contaba que en GanzShmuel, el kibutz que estaba ella, el primero de mayo, se izaba la bandera roja, y era algo que a mí me atraía mucho eso, porque en el plano simbólico lo enlazaba con algo que yo había vivido. Y bueno sí, las formas de organización interna eran interesantes, digamos el no manejo del dinero, sino que todo se obtenía en el almacén colectivo, los niños no se educaban con los padres, salvo los fines de semana, había cosas que realmente me llamaban la atención. De todas formas yo siempre trataba de explicar eso a partir de “la astucia del capitalismo”.

¿Cómo fue tu experiencia en la Pablo Iglesias?

Para mí era muy interesante la Fundación Pablo Iglesias, no sólo por los materiales que tenía y que tiene, sino porque el presidente de la Fundación era Fernando Claudín y para mí, su obra *La crisis del movimiento comunista internacional* significó para mí un aporte muy importante desde el punto de vista de las preguntas, pero también de sus razonamientos que eran los de un heterodoxo. Porque es una obra en la que Claudín se pregunta acerca de la derrota del movi-

miento comunista en el orden internacional y da una interpretación, que me sirvió mucho y de hecho es un libro que siempre mientras viví en España tenía a mano.

¿Qué otras personas marcaron tu carrera o te generaron admiración?

En España también fue importante la influencia de Ludolfo Paramio. Creo que tanto Claudín como Paramio me abrieron las puertas a una mirada fecunda de la inter y transdisciplinariedad. También ejerció influencia sobre mí, en aquellos años, la obra de un excelente historiador alemán, HarmutHeine, quien había estudiado la oposición clandestina al régimen de Franco. Yo volví a la Argentina por primera vez el 3 de diciembre de 1983 y permanecí en Buenos Aires hasta el 10 de diciembre, el día que asumió Alfonsín. No había estado en el país desde el 29 de agosto del '76 y volví; lo primero que siento que hice fue ir a escucharlo a la Casa Rosada. Estuve un mes y me fui a España porque no había terminado mi tesis de licenciatura. Regresé definitivamente en octubre del '84. Antes de volver definitivamente me dieron cartas de recomendación para profesores argentinos. Tenía una carta para Enrique Tandeter, otra para Gregorio Weinberg y una tercera para Pancho Aricó. Weinberg trabajaba otros temas, relacionados con la educación; Enrique historia colonial; yo en un momento le planteé a Enrique continuar con el exilio español a Argentina, pero él me recomendó ver a Marcelo Cavarozzi. Él terminó siendo mi director de tesis doctoral. Y con Pancho Aricó tuve una excelente relación, fue muy generoso conmigo y fue alguien que me marcó una vez que llegué a la Argentina. Él me decía: “vos tenés que ser el tipo que más sabe sobre Córdoba”. Me llamó por teléfono pocos días antes de morir, supuse con razón que se estaba despidiendo.

¿Cuándo volviste a Argentina fuiste directo para Córdoba?

En Córdoba, en el año '85-'86 se formó fuera de la Universidad un grupo que se llamaba CESCO (Centro de Estudios Sociales de Córdoba), quienes participaban de ese centro eran Aníbal Arcondo, de historia económica, quien había estado exiliado en Ecuador; estaba también Oscar del Barco, pero iba poco a las reuniones, que había estado exiliado en México; estaba la historiadora Betty Feijin que era la ex mujer de Gustavo Roca; Silvia Palomeque, Ana Inés Punta, Ofelia Pianeto, que era un motor impresionante, Silvia Romano, Cristina Boixadós; éramos un grupo chico, que nos reuníamos a leer, a discutir, y todavía en ese momento no se había producido

la democratización de la Universidad en el sentido que todavía estaban los profesores del período precedente, no se habían abierto concursos, así que fue un espacio de interacción importante.

En España, cuando terminé mi tesis de licenciatura, me dieron una beca, del Instituto de Cooperación Iberoamericano. Históricamente, el ICI daba beca únicamente para los latinoamericanos en este caso, que vivían en Argentina, pero que se iban a España. Ahora bien, el gobierno de Felipe González introduce una modificación importante. A partir de allí se les darían becas a los chicos que se han visto obligados a salir de sus países en Hispanoamérica. Para eso tenías que presentar también avales. Y mi aval fue Gustavo Roca, que era hijo de Deodoro Roca, líder de la Reforma Universitaria. Eduardo Luis Duhalde y Gustavo Roca eran las cabezas de un centro de solidaridad con Argentina que se llamaba Centro Argentino, que nucleaba a un grupo mucho más pequeño que la Casa Argentina, porque en la Casa Argentina el predominio era monotonero y del PRT. En cambio el Centro Argentino no, tenía posturas críticas con respecto a esas orientaciones y tenía un tinte más intelectual.

¿Y en lo que respecta a la disciplina histórica?

En la Universidad Autónoma de Madrid el profesor más prestigioso era Manuel Artola, quien hacía historia económica. Y otra figura cuyo impacto sobre los historiadores era impresionante fue Manuel Tuñón de Lara (exiliado en Francia en 1946, había sido profesor de Historia y Literatura en la Universidad de Pau). Era un momento de mucha renovación en la historiografía española, Pérez Ledesma desbrojaba el camino al estudio de los movimientos sociales, estaba también la corriente de la historia de las mentalidades, Elena Sánchez Ortega había hecho su tesis sobre la historia de los gitanos por ejemplo, desde esa mirada (que luego prologó el gran literato Julio Caro Baroja). Y yo tenía esas influencias, la de Tuñón de Lara, con la idea de la historia total y la de una historia abierta al encuentro con otras disciplinas.

De historiadores argentinos, en ese período formativo, yo no había tenido influencias. No había leído Tulio Halperín Donghi por ejemplo.

¿Cómo era el doctorado en la Universidad Nacional de Córdoba?

El doctorado de Córdoba en esa época no te exigía cursos, era un doctorado donde vos escribías tu proyecto de tesis doctoral, con la aprobación de tu director, y cuando la terminabas la presentabas, era así. Y yo la defendí en diciembre del '89.

Hoy en día prácticamente el doctorado es una exigencia que tienen todos los alumnos universitarios, pero en los '80 no era tan común hacer un doctorado...

Yo venía con la mentalidad que estaba vigente en España, en Europa en general, de que ya en esa época, le gente que se quería dedicar a la investigación hacía su tesis doctoral y después incluso a veces iba a hacer una segunda tesis doctoral a Inglaterra o a cualquier otro lado. Yo venía con ese horizonte y por tanto me chocó mucho lo que vos me estás justamente diciendo, porque también había un estamento de profesores que no habían hecho su tesis doctoral y que eran grandes. Entonces parte de este estamento tenía cierta desconfianza con respecto a los jóvenes que querían hacer su tesis doctoral. Yo me acuerdo que ingresé en el CONICET como becario en el '86, para eso escribí el proyecto de tesis doctoral y me acuerdo que una autoridad de la Escuela de Historia, me dijo “¿y vos para qué querés escribir la tesis?”, yo le respondí que era una exigencia de CONICET, algo burocrático, y no que era algo que yo consideraba y quería hacer, por miedo a decirle la verdad.

¿Cómo fue ese proceso en que decidiste entrar a CONICET y formalizaste tu vocación?

Bueno, un ámbito muy importante para despertarme inquietudes fue el CEDES (Centro de Estudios de Estado y Sociedad), donde estaba Marcelo Cavarozzi, Enrique Tandeter, Liliana De Riz, y la joven Catalina Smulovitz. Y ese era un ámbito muy estimulante. Una de las primeras cosas que me llamó la atención, que era distinto, es que desde cierto ángulo o plano de la historia política, de alguna manera, el período podía comenzar con un intento de desplazamiento de Perón en Córdoba, con un nexo entre el general Ávalos y Sabattini, y la revolución de septiembre, cuyo epicentro también era Córdoba, por lo cual me cerraba justo el marco temporal de principio y de cierre.

¿En tu elección temática siempre tenías como horizonte hacer algo sobre Córdoba y también relacionado con la historia política?

La influencia del CEDES fue la vinculación de distintas disciplinas, en mi caso, la historia y la teoría política. Como te dije antes, en el CEDES estaban Marcelo Cavarozzi, Liliana de Riz y Catalina Smulovitz. Claro, ellos no me conocían a mí, una vez Catalina, calculo que por indicación con Liliana, se reunió conmigo y me hizo una cantidad increíble de preguntas, tantas preguntas que sentí que me estaba tomando examen. Pero bueno, lo que me dio el CEDES fue la inquietud de generar respuestas que fueran más allá de la mera influencia historiográfica. Otras dos personas con las que me relacionaba y fueron fundamentales para mi formación -no estaban en el CEDES, sino en CISEA-, eran Hilda Sabato y Luis Alberto Romero.

¿Vivías en esa época en Córdoba?

Sí, pero tenía que venir mucho a Buenos Aires.

¿Cómo describirías las relaciones con esos centros y esas personas, que florecieron en esa época? Porque era algo que pasaba por fuera de la Universidad, una especie de autoformación.

Yo creo que es así como lo estás diciendo. No era un ámbito estructurado, había mucho de autonomía también por mi parte digamos, había mucho de voluntad.

Venía a Buenos Aires porque era muy chato el ambiente cordobés. La dictadura dejó una Universidad horrible, en la Escuela de Historia se encontraba con frecuencia una mirada muy tradicional, muy fáctica, estaba muy desvinculada de la sociología y de la ciencia política, entonces para mi ir a Buenos Aires y dialogar con ellos era un aire fresco.

Hablando de tu obra, vos hacés una contribución fundamental para el debate en torno a los orígenes del peronismo, poniendo en escena la importancia que tuvo el interior. Muchas veces esto se soslaya porque se pone el foco en la cuestión obrera. ¿Qué nos podrías decir al respecto?

Cuando yo empecé a hacer el proyecto de tesis doctoral, una idea dominante, extendida en la sociedad, en el imaginario político y social era esa idea de que el peronismo tenía en el movimiento obrero su columna vertebral y en la oligarquía su enemigo natural. Pero cuando comencé a elaborar el proyecto y por tanto fui a recabar fuentes, me di cuenta que para un sector de la

llamada “oligarquía” o el “patriciado cordobés” no solo había apoyado al peronismo sino que le había dado una parte sustantiva de sus cuadros de dirección. Por ejemplo, los primeros bloques de senadores del peronismo de Córdoba estaban manejados por estos sectores que han sido identificados como un genérico tradicionalmente asociados con el término oligarquía. Les voy a dar un ejemplo: en el Congreso de la Nación en la época del peronismo histórico nunca hubo ningún problema cuando llegaba el 14 de julio para rendir homenaje a la Revolución Francesa, porque los diputados peronistas asociaban la figura del descamisado a la del tercer estado, los sans-culottes. En Córdoba nunca se pudo hacer en la legislatura un homenaje a la Revolución Francesa, porque en los debates legislativos, por ejemplo en el año '49, los diputados peronistas de origen conservador y católico, como Novillo Sarabia, decían por ejemplo: “Nosotros no tendríamos ningún problema en realizarle un homenaje a Francia que festeja hoy su día nacional, pero a la Francia tradicional de Juana de Arco, de San Luis, a la Francia del Antiguo Régimen” y triunfaba esa postura porque tenían una matriz cultural, muy conservadora. Y de hecho, el Partido Demócrata de Córdoba, el viejo Partido Conservador, quedó vaciado con la irrupción del peronismo, no desaparece como partido, pero casi que dejan de ser decisivos en la escena política, porque la mayoría de sus cuadros se van al peronismo.

Esto yo lo veía en Córdoba. Después viendo otras provincias, junto con otro grupo de gente, nos dimos cuenta que no era algo excepcional. En Salta, por ejemplo, el primer gobernador peronista fue Lucio Cornejo, flor y nata de la oligarquía azucarera salteña, uno de los dueños de Salta. En los dos volúmenes de La formación del peronismo en el interior del país ofrecemos evidencia empírica que permite constatar la importancia de los factores tradicionales de poder en las provincias en los orígenes del peronismo, y eso significó que Perón le dio la espalda al Partido Laborista en todas las provincias. Perón no confió en darle las candidaturas del '46 a los sectores provenientes del movimiento obrero, confió en los notables que ya tenían una experiencia política previa, que sabían como se hacía política, que habían tenido vinculación con el Estado. Y eso se observa en provincia con sectores tradicionales, y en otras, como en el sur, con sectores que no son tradicionales. Por ejemplo, Daniel Lvovich tiene un artículo que se llama “Lejos de Plaza de Mayo: el surgimiento del peronismo en Neuquén” donde muestra cómo los cuadros de la administración peronista y del partido peronista eran los ricos de cada localidad.

Dueños de almacenes de ramos generales, concesionarias de autos, terratenientes, ganaderos; es decir, gente que tenían dinero pero no tenían apellido.

¿Creés que estas cosas nos pueden dar indicios de la relación entre peronismo y democracia, de su fe democrática?

Para no presentar una visión tan unilateral, se podría decir que en muchas provincias, no en todas, el Partido Laborista puede ser considerado, en mi opinión, como la primera expresión democrática, que surge en relación al peronismo. Viendo lo que se discutía en los congresos del Partido Laborista, la persona más nombrada era Perón, pero la segunda referencia era Harold Laski, que era el presidente del Partido Laborista británico, y de donde el Partido Laborista justamente está inspirado. Era impresionante el contraste entre los peronistas de origen clerical conservador, que son los que finalmente se imponen, con el discurso de los sectores laboristas. En un Congreso del Partido Laborista de Córdoba se alcanzó a escuchar conclusiones donde unen a Perón, quien viene a traer la justicia social, con el liberalismo inglés, mencionándolo explícitamente. Ahí había como un embrión socialdemócrata si se quiere, que es totalmente abortada. De todas maneras el Partido Laborista no fue homogéneo en todas partes. Pero podemos ver que esa tendencia ‘democratizadora’ estaba también en los orígenes del peronismo.

¿Cuál es el imaginario que tienen acerca de lo que Perón representa en ese laborismo?

Un dato importante y de largo plazo, es que el Partido Justicialista estuvo siempre intervenido. Los interventores eran generalmente diputados nacionales o senadores nacionales, es decir, personas que vivían una parte de la semana en Buenos Aires. Es muy difícil soslayar que Perón también vivía en Buenos Aires, es decir, que la sujeción de los interventores con Perón era personal. Es un rasgo de larga duración en el peronismo, porque si uno observa el Partido Justicialista en la época del '73-'76, también el Partido estuvo intervenido en todas las provincias. Como cuando Panebianco habla de la importancia del momento originario, el del parto de la organización, que marca rasgos de larga duración. La dinámica del peronismo histórico en ese aspecto es muy similar 30 o 40 años después.

En Córdoba el principal dirigente laborista se llamaba Ramón Asís, provenía del radicalismo, era una persona que había estado a favor de los aliados en la Segunda Guerra Mundial, militante antifascista, no era sabattinista, sino aliadófilo desde la izquierda, era un militante estudiantil. Cuando llega la orden de Perón de disolver el Partido Laborista se hace un Congreso, y allí se termina plateando la posibilidad de acatar la orden de autodisolverse como partido, pero se van a mantener como una corriente interna dentro del partido peronista, y cuando se hagan elecciones internas pensaba “en ganarle a esos sectores oligárquicos que según su visión están infiltrados dentro del peronismo”. Tiempo después se hacen las internas, la denuncia del laborismo es que se hace un fraude escandaloso, entonces Perón manda un veedor que se llamaba Demetrio Figueroa, quien carga las urnas en el tren, se las trae en Buenos Aires. Los resultados no se conocieron nunca, pero el poder quedó en manos de los sectores tradicionales. En relación con este proceso interno, Ramón Asís dice “estos traidores tienen prisionero al general Perón, llegará un nuevo 17 de octubre en el que el pueblo rescatará a su líder”. Y en la teoría del cerco que sacarán los Montoneros varios años después, estará presente ya el tipo de explicación que se daban los dirigentes laboristas en esa época acerca de por qué Perón le daba la espalda a ellos que eran los verdaderos peronistas, los verdaderos representantes de los trabajadores y no los sectores de patricios y oligarcas. Ahí yo creo que la teoría del cerco tiene la virtud de poder criticar las políticas del líder sin criticar al líder, sin romper por tanto con su sentido de pertenencia.

Después en el tomo II de La invención del peronismo en el interior del país se rompen otros mitos. Como por ejemplo, que fue el sector yrigoyenista únicamente el aporte que recibe el peronismo, se olvida por ejemplo que Hortensio Quijano, quien era correntino, era del radicalismo alvearista, y los sectores radicales que forman el peronismo en corrientes venían del alvearismo. En Río Cuarto pasó algo similar, es muy heterogéneo, no es que haya una continuidad ideológica.

Pancho Aricó te dijo que tenías que ser el historiador que más supiera sobre Córdoba, puede ser que sea así, pero al menos siempre juega un papel fundamental en sus análisis, y en muchos casos presentás a la provincia como una antesala de lo que sucede en el país. ¿Tendrías una expli-

cación de por qué se puede considerar que Córdoba es el comienzo y el eje de varios hechos que ocurren a nivel nacional?

Son todos mitos. No hay una provincia que haya generado tantas metáforas como la política cordobesa. Una primera metáfora es la que ustedes mencionan, la de Córdoba como el rostro anticipado del país. Y se pone como ejemplo la Reforma Universitaria, el Cordobazo, e inclusive los que ponen de forma exagerada el derrocamiento de Perón. Hay otras metáforas, como la de Córdoba isla, su carácter insular con respecto a la política nacional. Se dan como ejemplos la segunda mitad de la década del treinta, mientras a nivel nacional primaba un régimen fraudulento, en Córdoba había democracia plena, no había presos políticos, no había sindicatos intervenidos. Un contraste entre provincia y nación que se da durante la experiencia frondicista también, porque cuando se produce un giro a la derecha a principios del '59 del presidente Frondizi, el gobierno frondicista de Córdoba, encabezado por Arturo Zanichelli, no llega a sufrir ese giro a la derecha, recordemos que Alsogaray es nombrado ministro de Economía y por un tiempo simultáneamente ministro de trabajo, se niega a seguir ese giro de derecha, lo que lleva a la intervención federal de la provincia, y en el gobierno del '73-'74 el gobierno de Ricardo Obregón Cano y Atilio López tampoco quieren hacer el giro a la derecha del gobierno nacional y la consecuencia va a ser la misma. También hay otra metáfora que es la de Córdoba ciudad de frontera, que es la que hablábamos con Aricó. Y también añadiría una cuarta, que tiene más que ver con los años sesenta, que es la de Córdoba, ciudad enclave. Ciudad enclave automotriz, porque así como en los pueblos mineros, cuando se para la mina, se para el pueblo, como el desarrollo industrial de Córdoba era monosectorial, basado justamente en el sector automotriz, cuando se paraba esta industria repercutía de modo importante en toda la vida social de la provincia.

Si uno busca un común denominador, que permita unir estos cuatro mitos, yo creo que los cuatro remiten a una cultura política fuerte, que se piensa a sí misma con una fuerte dosis de autonomía, y una fuerte proyección nacional. Esto no se da en la mayoría de las provincias. Y voy a poner un ejemplo delicioso de esta idea de los cordobeses de pensarse como una ciudad-Estado. En 1918 fue la Reforma Universitaria, al año siguiente hay elecciones en Córdoba. Deodoro Roca y otros intelectuales del movimiento de la Reforma Universitaria, estudiantes del Barrio

Registro de la Propiedad Intelectual. Todos los artículos han sido publicados con autorización del autor.

Clínicas, arman un partido que se llamó Partido Bromosódico Independiente, y ponen como candidato a diputado provincial al loco Badesich, que era un poeta muy extravagante, que deambulaba por el centro de Córdoba con una corbata de papel, un sombrero grandísimo. Hacía poesía e iba sonando un silbato por las esquinas, entonces justamente todo el mundo lo conocía como el loco Badesich, y lo era claramente. Y lo ponen por decirlo de alguna manera como una candidatura testimonial, y contra una expresión de protesta contra la política tradicional, con ese espíritu irreverente que había caracterizado la Reforma. El resultado es que termina ganando las elecciones, es electo diputado nacional. ¿Cuál era el programa del Partido Bromosódico Independiente? Número uno: proclamación de la República de Córdoba, punto número dos: supresión del ejército, punto número tres: se proclama el amor libre. Es elegido diputado, y en la sesión legislativa donde se tenían que reconocer los diplomas de los electos, los sectores conservadores dicen que no se le puede reconocer el diploma por insanía mental, y efectivamente, no termina siendo diputado por esta causa. Creo que el hecho de que hayan llegado a hablar de la “República de Córdoba” habla de ese imaginario de pensarse como ciudad-Estado.

Por lo general se ve el gobierno de Illia como un gobierno de transición o por lo menos, como una experiencia que desde el inicio tenía su fecha de vencimiento. ¿Creés que efectivamente es así? ¿El golpe era inevitable hiciera lo que hiciera Illia? Porque a posteriori se lo termina considerando un buen gobierno...

Una característica que duró todo el período de Illia fue la ausencia de una política de alianzas. Gana con un porcentaje pequeño de votos, gana con la mayoría en el colegio electoral sin ofrecer nada a cambio, y luego le cuesta justamente mantener el apoyo de estos sectores que lo habían respaldado. Esto tiene relación con el clientelismo partidario interno, si uno ve el primer gabinete nacional se dividía simétricamente en tres partes, reproduciendo las tres partes en que estaba dividido el Partido Radical, la concepción yrigoyenista, sabbatinista, Illia estaba formado en esa concepción de Sabattini del rechazo de la política de alianzas. Otro rasgo es la ausencia de una política comunicacional; Illia no tuvo una Secretaría de Prensa fuerte, no usó la televisión pese a que ya se había utilizado en la campaña electoral que llevó a Frondizi a la presidencia. El corresponsal del diario La Nación en la Casa Rosada, Enrique Magochi cuenta una anécdota ilustrativa: señala que con motivo de unas elecciones parciales en las provincias, le pregun-

ta cómo se va a organizar el radicalismo para la campaña e Illia le responde que van a utilizar los megáfonos que hay en los pueblos, o sea, se imaginaba la comunicación de esa manera, una visión muy anticuada. Creo que si uno lo compara con Kirchner, que asumió con un porcentaje de votos similar, claramente se ve cómo este último construye poder y en cambio Illia no lo hace. Con respecto a la oposición, yo creo que hay que distinguir la oposición nacional-popular, que es la de la CGT, las 62 Organizaciones, partidos de izquierda y grupos nacionalistas y católicos, de la oposición liberal-autoritaria, que es la de las grandes corporaciones económicas. Efectivamente, hiciese lo que hiciese Illia, no iba a ser respetado por el peronismo porque carecía de legitimidad de origen. El plan de lucha de la CGT del año '64 teóricamente era por la Ley de salario mínimo, vital y móvil, que Illia había prometido y ya había enviado a las cámaras, y en realidad lo hace y no le sale gratis, porque la campaña de la Unión Industrial Argentina fue terrible en contra de esta ley. En los diarios de la época hay caricaturas, por ejemplo, el de una mujer que viene con un bolso desde el mercado y se caen los billetes dice "La guita será como verdurita". Había solicitadas de la Unión Industrial que incluían caricaturas. La asociaban con la hiperinflación de la República de Weimar. Una campaña feroz.

Lo que ocurre en el '66 es una confluencia entre los dos frentes de oposición (el liberal-autoritario y el nacional-popular). Por ejemplo, no se le aprueba el presupuesto, y a esto colaboran tanto los peronistas como los no peronistas.

Yo trabajé con documentos del Departamento de Estado, de la CIA, de la embajada norteamericana en Buenos Aires. Ese archivo, sobre el que hice el libro de Illia, me fue proporcionado por Nelly, la viuda de Celso Rodríguez, un historiador que vivió desde 1958 en Estados Unidos, muy amigo de Robert Potash, y estaba haciendo un libro sobre esa época. Juntó muchísimo material, a través del contacto de Potash logró la desclasificación de estos documentos y mi tarea fue complementar el trabajo de archivista que hizo, que fue extraordinario, pero no escribió una sola línea. Nelly se comunicó conmigo por indicación de Potash, quien había leído mi libro *Sabbatinismo y Peronismo*. Nos habíamos conocido a raíz de una visita suya a la UNC durante el rectorado de Francisco Delich. Illia era del radicalismo de Córdoba y yo tengo un muy buen archivo del radicalismo de Córdoba, y así surgió la idea del libro. Nelly me hizo firmar un contrato de que no podía usar esos materiales hasta que el libro no fuese publicado y que el libro

Registro de la Propiedad Intelectual. Todos los artículos han sido publicados con autorización del autor.

apareciese de coautoría, cosa que era totalmente justa, ya que esos materiales yo no los hubiera podido conseguir. Hay documentación muy interesante. La sección política de la embajada norteamericana elaboraba fichas con perfiles de los principales políticos, sindicalistas, legisladores, y esas fichas delatan mucho sobre cómo se movía la política argentina. Por ejemplo, en la vulgata izquierdista de los años '70, Onganía aparecía como un títere del imperialismo yanqui, sin embargo, viendo lo que dicen esos documentos, te das cuenta que no era tan así. Había una profunda desconfianza con respecto a Onganía; uno de los documentos dice “es muy hermético, solamente tres militares se animan a tutearlo, y en realidad es más admirador de la España de Franco que de las democracias anglosajonas”. En realidad, el verdadero hombre de Estados Unidos en el Ejército Argentino era el general Julio Alsogaray; hay un documento de principios de junio de 1966 que dice “el general Julio Alsogaray se reunió con los agentes de la CIA en Buenos Aires y le había informado quiénes estaban comprometidos en el golpe, qué características iba a tener el nuevo gobierno, que iba a tener cabeza militar pero cuerpo civil”. Cosa, esta última, que finalmente sucedió. Además, su hermano Álvaro termina siendo nombrado embajador en Estados Unidos por Onganía. Después se puede ver en general una visión bastante descalificadora de los políticos argentinos, por ejemplo, sobre Ricardo Balbín. En su ficha se lo menciona como el prototipo de radical argentino, honesto y de clase media, pero su visión de la economía no ha cambiado desde los tiempos de Yrigoyen. Después hay una definición despectiva de Illia como un descolorido médico de provincia; tiene una definición del peronismo como “una red bizantina, de alianzas cambiantes y doble discurso”. Todo esto es parte del anexo del libro Arturo Illia, un sueño breve. Otro episodio digno de ser contado es el de Serú García. En su ficha dice que “presenta posturas nacionalistas, repudió la intervención en Santo Domingo” y añade: “fuente continua y confiable de información de la embajada”. Es decir, tenía posturas nacionalistas, populistas, pero era un informante.

El presidente Illia al asumir su gobierno dio una amplia amnistía para todos los presos políticos y gremiales y el indulto para los que ya habían sido condenados. Ante el ensayo guerrillero del Ejército Guerrillero del Pueblo en Salta, reprime con la gendarmería dentro del marco de la legalidad constitucional. Legaliza al peronismo para las elecciones legislativas de marzo del '65. El peronismo participa y gana las elecciones. Entonces, la mayor inconsecuencia de Illia dentro

de un ideario democrático, no fue la proscripción del peronismo porque termina permitiendo su participación, sino la proscripción de Perón. La documentación que hay del Ministerio de Relaciones Exteriores de España cuenta datos interesantes sobre la vuelta de Perón a la Argentina. El aborto del intento del regreso del '64 tradicionalmente se le adjudica a Zavala Ortíz que era canciller. Pero también ocupó un importante papel el ministro de defensa Leopoldo Suárez. Estando parado el avión en Río de Janeiro, Leopoldo Suárez y los secretarios de las tres armas de las Fuerzas Armadas convocan al representante de Iberia en Buenos Aires, y le dicen que ellos no tenían inconvenientes de que Perón retorne al país, pero en la Argentina hay muchos antiperonistas. Desde el momento en que cruza la frontera nosotros no podemos garantizar la seguridad del avión. Claramente lo estaban amenazando con derribar el avión. En esas condiciones, el gerente de Iberia se comunica a Madrid, y en Iberia Madrid le ordenan que el avión regrese a España. Es decir, la historiografía radical partidaria trata de omitir este dato, pero en realidad hubo un fuerte rechazo al retorno de Perón al país, que coincidía con los deseos de Vandor, quien meses antes había paralizado el país con el plan de lucha de la CGT y no fue capaz de hacer un pequeño acto público por el regreso de Perón, no movilizó a nadie.

Muchas veces se la ve a Córdoba como una provincia radical, a pesar de que hoy en día está gobernada por peronistas. ¿Por qué creés que es esto?

Como evidencia empírica, el 2001 desarticuló el radicalismo en casi todas las provincias, pero en Córdoba no sucedió, siguió manteniendo su estructura territorial; aún en los pueblos más pequeños hay un comité radical. Es decir que como identidad colectiva sigue siendo un dato relevante, que tiene un piso electoral del 20%, y posiblemente sí tenga que ver con una cuestión de tradición, que tenga que ver con Sabattini, con Illia, pero en la actualidad solamente captura el voto fiel. Pero desde el 2001 aparece como impotente para capturar el voto de opinión.